

COMUNIDAD Y PRIVACIDAD: NOSOTROS O YO

Amelia VALCÁRCEL
Universidad de Oviedo

RESUMEN

Los pensamientos comunitaristas, así como algunas formas de individualismo, intentan en verdad solucionar una cuestión teórica que no es pertinente: se preguntan por cuál es la correcta fundamentación del conjunto social, a fin sin duda de obtener sus implicaciones prácticas, pero desdeñan conocer cuáles sean los modos por los que individualidad y comunidad mutuamente se producen, tanto en la empiria, cuanto en la realidad simbólica. Para no colocar entonces el discurso en un plano que creo equivocado comenzaré por hacer una afirmación rotunda: el individuo genuino es un cuerpo, un cuerpo limitado por una piel, y cuantas otras cosas posean los nombres e incluso los atributos de la individualidad, participan de ella de un modo metafórico. Creo conveniente afirmar esto antes de entrar en el asunto "comunidad y privacidad: nosotros o yo", porque lo que me propongo es lisa y humildemente hacer un conjunto de reflexiones sobre la individualidad y sus aspectos contradictorios, (inducidos por las categorías de igualdad y diferencia), en el tiempo presente.

ABSTRACT

Communitarian thoughts, like other forms of individualism are focussed on resolving what is the correct theoretical basis of society, without bearing in mind the ways in which individuality and society interact. In this article, the author intends to reflect on individuality and its contradictory aspects at the present time. Taking refuge in the avant-garde, and camouflaged as the "fictional we", the first person plural advances inexorably, requiring deconstructivism as an imperious necessity. To be operative the "I" demands to be presented in an impersonal voice, and the difference is homogenized, preferring a generic designation which lessens the principle of individualism. It still trusts in the "new education", which emphasizes the old principles of liberty, equality, solidarity, responsibility..., although at most it succeeds in endowing individuals with a language of "we" through which it gains its own ends.

SUMARIO

1. La obligación del yo en la era del nosotros. 2. El siglo convulso. 3. La obscenización del yo. 4. ¿Qué es eso de la posmodernidad? 5. La desmedida confianza en la educación. 6. Reposamos sobre contradicciones. 7. Consecuencias corporales. 8. Las contradicciones servidas.

1. LA OBLIGACIÓN DEL YO EN LA ERA DEL NOSOTROS

Vivimos en época tal que la frase, todos somos individuos, que en los albores barrocos del pensamiento moderno fuera divisa de libertad (primero para los que ya la poseían, más tarde para un número cada vez mayor) se ha convertido de lema en mandamiento. De este

tránsito y sus impremeditadas consecuencias, quiero ocuparme. Damos por hecho que nuestro mundo occidental, democrático y desarrollado, opera con el principio de diferencia y que éste se ha traducido a individualismo y por ello no solemos parar mientes en que el título que mejor le vendría a este siglo veinte es *la era del nosotros*.

Si fuera de nuestro gusto creer que el pensamiento sigue a la acción o la anticipa de alguna manera, el siglo veinte no podría ser otra cosa que motivo de perplejidad constante. Es el nuestro, pero está dejando de serlo. La palabra posmodernidad indica, a mi modo de ver, no tanto la apertura hacia un periodo que se desconoce, tampoco la salida del conglomerado llamado modernidad, ya que no hay acuerdo en los parámetros que la definen, sino una patencia epocal que indica que la distancia necesaria para contemplar ese siglo nuestro como un todo está comenzando a producirse.

2. EL SIGLO CONVULSO

Desde el tema que tomamos hoy como referencia hay ciertas cosas sobre este nuestro siglo que merecen ser puestas de relieve. El siglo XX ha sido bastante extraño, si no uno de los más especiales.

Si tomamos por parámetro la violencia y las modalidades en que ésta se presenta, difícilmente podríamos llegar a otra conclusión que ésta: nuestro siglo ha superado en violencia a los anteriores tanto en cualidad como en cantidad. Dos guerras civiles europeas que han implicado al resto del mundo. Política de guerra fría durante cuarenta años que ha supuesto una larga cadena de guerras localizadas en el tercer mundo. Grandes movimientos sociales que han desembocado en totalitarismos de signo contrario. La eliminación de pueblos enteros o al menos la intención de llevarla a término de forma sistemática. Hambrunas en grandes partes del planeta. Desastres ecológicos provocados por afán de enriquecimiento rápido y desconocimiento de los efectos perversos de la aplicación de la química fundamentalmente. En fin, la posibilidad en *nuestro caso real*, de que el fin del mundo no sea una idea mítica, sino que se presente en efecto al alcance de la mano y por tanto que los frecuentes textos apocalípticos manejados por la tradición occidental dejen de ser una especial literatura para convertirse en avisos.

3. LA OBSCENIZACIÓN DEL YO

En las presentaciones escolares, que lo siguen siendo aunque pertenezcan a la alta cultura del gran periodo precedente, el romanticismo, en cuya salida vivimos, suele recalcar que una de las características de ese periodo, al menos en su fase auroral, fue el triunfo del individuo liberado de la objetividad a la búsqueda de los límites del ser. Sin embargo, bajo otra consideración el mismo periodo invocado dio a luz lo que podríamos llamar los macrosingulares, que han estructurado hasta el presente las nociones comunes de la Kultur. La historia, el pueblo, el destino, el Yo, el proletariado, la clase dominante, el motor de la historia, el progreso, el futuro, la ciencia..., son macrosingulares que esconden y a veces justifican la acción individual bajo parámetros de objetivismo que han demos-

trado ser peligrosos. Debe partirse del principio de que cualquiera de estos singulares oculta un nosotros cuya arquitectónica no está clara, de modo que el deconstructivismo se vuelve una imperiosa necesidad.

El Yo del primer romanticismo e incluso el Yo del romanticismo decadentista es en gran parte reactivo, y reactivo contra estas grandes formaciones del siglo XIX de las que sin embargo participa. Por el contrario, el siglo XX conoce los resultados de lo que en el XIX sólo son términos. Los "nosotros" avanzan imparables, la individualidad se refugia en las vanguardias que, con todo, sus manifiestos lo prueban, se amparan también en nosotros ficcionales.

Aun hoy es de recibo en la retórica ético-política denostar el individualismo disgregador y corruptor y es un serio tema para la filosofía moral, o así al menos lo desarrollan algunos, separar el individualismo solidario del llamado individualismo posesivo, que viene a ser el individualismo a secas. Pero hay más: la obscenización del yo ha llegado a la retórica cotidiana. En los países desarrollados no sólo la presentación del yo tiene que atenerse a reglas inexplicadas y estrictas; si quiere ser operativo el yo ha de presentarse impersonalizado, bajo las formas "parece que", "estaremos de acuerdo en que ..." es decir bajo las formas del plural y nada tiene de raro que incluso algunos filósofos morales y el caso más notorio es el de Tugendhat hayan convertido en núcleo de su filosofía el paso de la primera persona del plural a la primera persona del singular, ya que los tiempos de filosofía lingüística permiten estas presentaciones de lo que es un problema más general. Sin embargo, la ocurrencia también en este panorama del derecho al disenso (que notablemente también puede colectivizarse) es al menos síntoma de que algo se mueve si no es que cambia.

Reflexionemos esto: mientras Europa sufre las peores convulsiones de su historia en las que todas las nociones morales y políticas están siendo quebrantadas y me refiero al periodo entreguerras en el cual los totalitarismos están regentando como alternativas viables (salir de la algarabía a la modernidad, he oído decir), ¿cuál es la respuesta de la filosofía? Por una parte el positivismo lógico que niega a los términos morales otro estatuto que no sea el meramente emotivo. Aunque se ha dicho que la filosofía moral anglosajona, a la que solemos conocer como metaética, se produce sobre la trama del utilitarismo socialmente admitido, no cabe ignorar que afirma lo que afirma puesto que no creo que "útil" pasara las pruebas que no pasaba "bueno". De otra parte y en el área continental las teorías del valor, cuya relación con la fenomenología nunca fue clara, intentando apuntar un universo abstracto y autosuficiente incapaz de incardinarse en práctica social alguna. ¿Es que nadie era capaz de saber lo que estaba ocurriendo? Lo menos que puede decirse de la filosofía del siglo XX es que ha sido púdica hasta el cinismo. Y esto es bien fácil de probar: si se produjera un cataclismo y sólo los textos filosóficos sobrevivieran a él ¿podría cualquiera reconstruir el mundo al que esos textos pertenecieron?

Se puede objetar que la filosofía se guarda de cualquier agitación, que sobrevuela. Sin embargo, no me parece convincente porque más que sobrevolar, si se contemplan ciertos textos, se tiene una especial sensación de inopia. Y aun si admitiéramos el sobrevolar habríamos de admitir también que la tópica del fin de la modernidad es lo que más se parece a una caída en picado. ¿A qué viene tanto asombrarse de que el llamado pensa-

miento posmoderno reniegue de casi todas las nociones recibidas, se reclame de profetas del apocalipsis como Nietzsche, abandone la herencia ilustrada, la culpe incluso de los acontecimientos históricos más repugnantes, cuando sabemos del divorcio entre lo efectivamente ocurrido y lo pensado?

4. ¿QUÉ ES ESO DE LA POSMODERNIDAD?

Esta pregunta en clave de sarcasmo se la he oído a suficiente número de gente, de eficacia intelectual probada, como para que me resulte inquietante. Digo desde este momento, y me refiero a esta línea en concreto que no entro en los prontuarios explicativos de los que se autodenominan posmodernos. Eso es otro asunto ya que suelen atribuirle tantos rasgos contradictorios y partir de lugares tan diferentes (y a menudo comunes en el peor sentido) que merecen capítulo aparte. Me dirijo exclusivamente a esa pregunta y su sarcasmo. Porque quien la hace no suele tener el entendimiento tan confuso que esté mezclando posmodernidad con movimientos alternativos, éticas marginales, restos de la vanguardia o “movidas”. Suelen tener una sólida formación “moderna” y suelen manejar las mismas fuentes y autores que aquellos que renuncian a esa herencia.

A voz de pronto puede responderseles que todo ese conglomerado al que llamamos posmodernidad es una decepción de etiología clara y de consecuencias demasiado divergentes; también es un fenómeno de pensamiento homólogo a las dificultades de planetarización que nuestro mundo sufre. Muchos prefieren pensar que es un impasse. Y algunos que ya se ha muerto. Ya que los posmodernos cantan en tonos tan agudos el fin de la modernidad, nada tiene de extraño que quienes no acuerdan con él aúllen el de la posmodernidad. Sin duda entre los que la consideran solamente un impasse el más relevante es Habermas. No hay figuras de tanta talla entre quienes le cantan los funerales. Como quiera que sea la situación está lejos de estar resuelta. Citando de memoria a mi amigo Savater el problema al que parece que nos enfrentamos es éste: antes (y supongo que se refiere al sesentaiochismo) estábamos en la creencia de que nuestras formas de vida no podrían ni debían mantenerse y había que colaborar a su subversión. Y ahora lo que no sabemos es si en efecto cabe extenderlas a todo el planeta. Y, desde luego, esto último está lejos de ser claro, aunque sólo sea por ciertos inconvenientes de nuestro modo de vida que afectarían a la salud general del planeta, pongo por caso que los que Ferlosio llama “la civilización del petróleo” se extendiera. El planeta no podría resistirlo.

5. LA DESMEDIDA CONFIANZA EN LA EDUCACIÓN

Desde todos los ángulos de la filosofía moral se recalca que un proceso generalizado de ciudadanía necesita un ciudadano que está por descubrirse y esto tiene que ver con una noción cautamente evitada y cautamente expresada cuando lo ha hecho, por nuestra filosofía presente, la de interés. Y si el estatuto de interés es preocupante imaginemos cuál es el de pasiones, sentimientos, aversiones o en último término la insistente negativa filosófica de hacerse cargo de que el mal existe. Simplificando, a los posmodernos no

parece importarles el mundo que se produzca tras sus teorías entre otras cosas porque dicen refractar el que hay. A los modernos no les queda otro arsenal que los conceptos venerables de la tradición ilustrada y formas de buscarles vías de eficacia. Hay uno, una de esas creencias asumidas pese a todo viento en contra, que no cesa de repetirse en escritos y folios: nueva educación paralela a nueva ciudadanía. Nueva educación moral se entiende, puesto que la educación en sí ha trasmutado ya bastante sus contenidos en los dos siglos precedentes y mucho más después del expandirse de la revolución científico-técnica. Nueva educación significa en verdad énfasis en los viejos valores a los que no se quiere renunciar: libertad, igualdad, solidaridad, responsabilidad..., y otros que van agregándose y que se supone que deben formar parte del bagaje del nuevo ciudadano que, como individuo soportará sobre sus hombros como nuevo atlante la carga del mundo. Sin embargo al lado de este individuo que se busca no cabe desdeñar la fuerza de las ideologías sociales asumidas y su eficacia. Si bien es cierto que quizá uno de los grandes defectos de la tradición liberal ilustrada es imaginar un individuo fundante del pacto social al cual se le concede como carácter preferente el egoísmo y la persecución de su propio interés, no es menos cierto que el llamado individuo solidario sólo existe en las tradiciones de filiación kantiana o bien se adapta a una trasindividualidad genérica que lo pone bajo el dominio de una *sittlichkeit* específica.

La conciencia ilustrada en la educación que ha llegado hasta nosotros tiene varios aspectos. Traeré a la memoria tres de ellos: 1) el conocimiento perfecto del mundo natural, abandonadas las explicaciones míticas, nos hará no sólo más exactos, sino mejores; 2) el individuo liberado de la tutela ignominiosa de la tiranía política, aliada de la tiranía religiosa, será materia adecuada para formar un ser moral que nunca estará dispuesto a tomar a otro ser humano como medio, sino como fin en sí mismo; 3) en el momento en que todos los individuos gocen de este estado de libertad y equipolencia no tendrán más remedio que acordar en nociones comunes morales que les serán sistemáticamente presentadas y recordadas precisamente por una educación en su autoestima en tanto que seres libres, autónomos, responsables, solidarios.

¿Qué pasa con las efectivas prácticas educativas y a qué resultados nos llevan? Parece que a lo sumo y cuando son exitosas se logra solamente, y pese a Kohlberg, dotar a los individuos de un lenguaje del nosotros a través del cual procurarse en medio de un cinismo generalizado, sus propios objetivos. No sólo del conocimiento exacto del funcionamiento de las mitocondrias no parece seguirse una mejora moral; es que tampoco del conocimiento de la fundamentación moral de nuestros sistemas de convivencia parece que se sigan conductas irreprochables. Y por contra y para asombro del laicismo en bastantes casos podemos esperar algo más y mejor de aquellos que se atienen a discursos de legitimación que en modo alguno podemos llamar racionales.

¿Es que no hay forma de fundar una moral laica? No, nos dice MacIntyre, porque supone individualismo y el individualismo no puede fundamentar ninguna moral. Sí, nos dicen sus defensores, lo que sucede es que no hemos dado con la forma educativa precisa. La fórmula educativa. Una metáfora química notable. Acordémonos de un buen pesimista, el fundador del conductismo, Schopenhauer. La tenue capa de los modales, y eso es todo lo que la educación da, no cambiará lo que cada uno de nosotros es. Simplemente nos dará armas. Y como todos vamos bastante bien armados lo mejor es que los sistemas de disuasión se armen al mismo nivel.

6. REPOSAMOS SOBRE CONTRADICCIONES

Vivimos la era del nosotros, el triunfo de los macrosingulares, la caída de los más terroríficos de ellos. Y, sin embargo, la compulsión individual es también más fuerte que nunca. Si es cierto que existe un proceso de obscenización del yo, no es menos verdad que el todos somos individuos se ha convertido de lema en mandato: sé individuo, sé tú mismo. Ten personalidad, no te parezcas a otro, no sigas a la multitud, fabrica tu autonomía. Busquemos los padres venerables de este mandamiento de la modernidad.

Uno de ellos es sin duda Locke, pero Locke no sacó las consecuencias morales (es decir individuales) de su individualismo. Sacó las consecuencias políticas (es decir, transindividuales, del nosotros) y con ello dio entrada a los iconos horizontales sociales que acabaron por hacer necesarias las teorías del contrato social. Quien sacó las consecuencias morales fue Kant. Sé individuo se transmutó en sé autónomo en todo y por todo. Y el límite de tal autonomía fue la suposición de un acuerdo universal, puesto que éramos racionales, el imperativo que rigiera la propia acción con los fines e imperativos unánimes de la humanidad como un todo.

Henos ante la autonomía coercitiva. Porque ese mandato, sé autónomo, no se puede cumplir, es una paradoja comunicacional y pragmática. Ver cómo se convierte en paradoja comunicacional es sencillo ateniéndose a los análisis de la escuela de Palo Alto. "Sé autónomo" y "sé espontáneo" gozan del mismo estatuto. Son órdenes que presuponen la negación de que la orden exista. Pero en el caso de que la orden sea de autonomía, las consecuencias de la entrada en el doble vínculo son más graves: Sé autónomo es date tus normas, es decir, es una orden además vacía. Vacía completamente de contenido que no resuelve ningún verdadero dilema que a una persona pueda presentársele.

Y es una paradoja pragmática, en este caso siguiendo los análisis de Elster, porque algo como la autonomía no se puede conseguir si se pretende, sino sólo si no se pretende. La autonomía es un efecto colateral no perseguido de la acción, nunca una guía para la acción. Determinadas acciones que realicemos nos convertirán en autónomos, pero no la persecución de la autonomía en sí misma.

7. CONSECUENCIAS CORPORALES

Comencemos seriamente: el cuerpo no existe. Los seres humanos no tenemos cuerpo ¿tenemos alma? Algo parecido, porque nuestro cuerpo es sólo el soporte para una sobresimbolización de la que ninguna cultura o periodo histórico se libra. En el pasado y en nuestra propia cultura la presentación del yo por medio del cuerpo vestido es sobre todo una presentación jerárquica. Ello implica una sobresignificación del vestido y por lo tanto una secundariedad del yo. Las capas más altas disfrutan (es un modo de hablar) de pequeños márgenes de innovación siempre a favor sin duda del yo, pero siempre que también la función jerárquica y de consumo conspicuo del presentarse vestido no se interrumpa.

Ahora el vestido, aunque sigue cumpliendo la función jerárquica (si bien con estilemas cada vez más difíciles de reconocer para el profano del grupo de referencia que se tome)

tiene, mediante la moda, la función, imposible, de diferenciar el yo. Imposible porque la moda de suyo uniformiza, pero presenta la apariencia de pluralidad. Como era de esperar, al lado de esta uniformización, la compulsión a la autonomía ha devenido compulsión hacia la originalidad. "Sé autónomo", ahora se dice "Sé original" o "Ten personalidad". Un breve apunte: persona es máscara, de modo que se tiene tanta como menos se aparente. Pero ese ya no es el caso. Se producen sin embargo situaciones chocantes: tú no tienes personalidad, oí decir, y a la pregunta del por qué, responder, porque no eres como las otras personas. Ese concepto de personalidad asociado a la transubjetividad y el rango se difumina. Empero, la presentación del yo es masiva: todos somos individuos, esto es potencialmente iguales, no idénticos. Y de hecho la moda "identiza". Cuanta mayor es la compulsión a la originalidad esta identización se solidifica más. Pero la moda corre vertiginosamente. Es un gran negocio. Hay que estar siempre a la última. Y nadie puede saber con seguridad cuál es la última.

Entre otras cosas porque seguir compulsivamente la moda denota "carencia de estilo"; el estilo es la fase superior de la moda y no hay forma de detentarlo a voluntad (Balzac). La acusación de carencia de estilo, es decir nada menos, carencia de yo. De yo pertinente, claro. De igualdad pactada.

8. LAS CONTRADICCIONES ESTÁN SERVIDAS

Los movimientos contradictorios en las formas de vida debo apuntar que afectan especialmente al colectivo femenino. Como colectivo emergente se ve sujeto a muchas más conductas tentativas e improvisadas una vez que se abandonan las normas rígidas que lo ordenaron en el pasado reciente. Por lo mismo las tensiones que ello produce en la acción individual no pueden evitarse, aunque puedan buscar simulacros que las difieran. De hecho la cultura de la moda es uno de esos simulacros como lo es la de la salud o la de la belleza, sin contar con el mandamiento imposible de juventud eterna. No quiero decir que esas cosas sean despreciables o malas, quiero simplemente recordar que son imposibles en los términos en que son exigidas.

Si tenemos a un ser humano cuya privacidad y más aún su intimidad está sensiblemente mermada, cuya aparición en los espacios relevantes simbólicos sólo muy raramente se produce fuera de una banda de edad y un aspecto prescrito, al que no se le concede, ni él mismo a veces se concede, principio de individuación, sino por el contrario una designación genérica..., tenemos todos los boletos para que la vida de ese individuo acumule tensiones y conductas erráticas. Si, con todo, no se producen en mayor medida de lo esperable, sólo cabría atribuirle una excepcional resistencia. Probablemente la posea.